

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 18 de Agosto de 1895.

Núm. 278.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Apóstoles, 11, bajo.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

La noticia que tengo hoy que dar á mis queridos lectores, es mayúscula y morrocotuda.

¿Qué será?—dirán ustedes.

Que estoy en capilla.

El mes próximo seré ejecutado, y como el mártir más valiente de nuestra historia, iré al suplicio con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

El amor es mi verdugo y el patíbulo mi novia.

Me caso: en los primeros días de feria, habré pasado á la otra vida.

A la conyugal, y por los antecedentes que de ella tengo, los que en tal estado se encuentran, hubieran preferido morir de una indigestión de rábanos y huevos esclafados, que sufrir la tan pesada cadena perpétua.

¡Looado sea Dios!

Desde hoy ya no puedo escribir en joco-sério: lo de joco lo he perdido: lo sério tiene que ser mi elemento, pues no es propio de un hombre casado el hacer reír á la gente.

Mi cara tiene que transformarse por completo en color de abellana moruna, con ribetes de sandía.

Soy un hombre de peso, porque á mi peso hay que añadir el peso de mi *Dulcinea*.

Y ya que hablo de ella, justo es que os la presente.

Antonia Benitez de Usaola, tiene diez y ocho primaveras, de regular estatura, tallé esbelto, ojos picarescos, elegante (como buena andaluza) y á más, hace un año que terminó sus estudios de maestra superior.

Me parece que una mujer como esta, y con un corazón de ángel, es digna de que se la quiera con delirio.

—El hombre tiene que fijarse—dice una mi amiga, señora de pergamino viejos, que padece del pecho y que se rasca con piedra pómez.

Yo me fijaré y daré mi nombre á la dueña de mis pensamientos, como decimos los poetas.

La verdad sea dicha, que más tarde ó más temprano, debe uno entregarse en los deleitosos brazos de Himeneo, porque esto de morir célibe tiene muy poquisima gracia.

Solo pido á Dios, para ser feliz del todo, que mi JUVENTUD LITERARIA llegue á tener dos mil suscripciones, para atender á todas las necesidades de mi casa.

¡Ah! Si ustedes piensan regalarme algo, ya saben donde vivo.

Ramón Blanco



Carta tipográfica

DE UN CAJISTA A UNA MODISTA

Tu carta, amiga, he leído de la semana pasada, y he visto eres ilustrada como habia presumido.

Tan discreta te has mostrado que creo, amable modista, que algun amigo cajista el oficio te ha enseñado.

Y creo sabes al dedillo, ¡oh modista original!, (no lo tomes esto á mal), que forma tiene un rodillo.

Por eso con maña mucha un arreglo hemos de hacer, que he llegado á comprender que en remiendos estás ducha.

Un molde los dos haremos que será todo un primor, si algun dia el componedor para trabajar cojemos.

Y como con frases nuevas dices que es tu amor constante, quiero me des al instante, ya corregidas, las pruebas.

Que en cuanto en máquina estén, tirar, solo, es mi manía. ¡Ni en una litografía saldrá el impreso tan bien!...

Nuestra vida ni un ministro mejor á llevarla vá, pues sé que no mentirá ni un punto, nuestro registro.....

En fin, tu carta estimada me ha llenado de emoción, y quedó en mi corazón perfectamente grabada.

Adios, y contéstame sobre el asunto que piensas, porque yo tengo ya en prensa de la obra, el mejor cliché.....

Adios, adios, serafin, adios, preciosa modista; dispón de este fiel cajista, de tu novio

Galerin.

Por la copia,

Julio F. Cordero

Murcia, Agosto del 95.



El sueño del borracho.

Cuando Pedro cayó rendido por el vino, vió que el mundo estaba mas alegre que de ordinario y que le decía su amigo el tabernero:

—Despierta, que te han nombrado capitán general de todas las botellas de Madrid y vás á pasar la revista. Ponte el uniforme.

Se puso sus zapatos de coreho, polainas de cuero, casaca verde botella y un casco plateado como el de los tapones de champagne. Desenvainó su sacacorchos, montó en un pellejo, y marchó al prado al frente de su escolta.

—¡Cómo brillaban al sol los vidrios de los cascos, el estaño de las cubiertas y los colores de los líquidos, y con qué orgullo lucian las innumerables botellas las etiquetas de sus fábricas! ¡Qué bien formadas estaban las tropas en el orden de parada, que tenían su cabeza en el Hipódromo y su terminación desconocida! Los vinos generosos y añejos formaban el estado mayor, y marchaban en la escolta como agregados extranjeros, llamando la atención el Rhin, que alzaba su largo cuello con orgullo; el ginebra, envuelto en su gaban gris, que le llegaba á los talones; los vinos de Italia vestidos á la ligera con sus lindas esterillas, y los burdeos con sus fundas puntiagudas. ¡Cuántos uniformes y qué variados iban en la escolta!

Era la artillería en aquel ejército el aguardiente, y le había de todos los calibres. Los ingenieros habian llegado de Jerez y los vinos de pasto constituian las armas generales. El vino de Pepsina y todos los que se venden en botica, eran la brigada sanitaria, y la de obreros era la cerveza, que así servia de refresco en el aparador, como de bebida en la taberna.

El general, montado en su pellejo, galopaba orgulloso ante aquellas interminables hileras de botellas, relucientes las de las última quinta, las veteranas empolvadas, y que todas, al chispear heridas por el sol, parecía que le guiñaban los ojos con cariño. A su paso sonaban las charangas de copas y de vasos.

El día estaba caluroso y el general tenía sed: detuvo su pellejo, se aproximó á las filas y descorchó cuatro soldados.

—¿Qué va á hacer V. E.?—preguntó alarmado el jefe del Estado Mayor, que era un tonel de amontillado.

—Bebèrmelos ahora mismo.

—Las ordenanzas lo prohiben.

—Yo me bebo esos soldados, y á usted y á todo el ejército si quiero.

—Eso se verá.

—¿Como que se verá? ¡Ahora mismo! Un consejo verbal de botellas y que la abran una espita en el vientre.

—¿De botellas? A mí solo puede juzgarme un consejo de toneles.

Y apenas habló así, se produjo en las tropas una confusión extraordinaria y sonaron algunos taponazos.

—¿Qué es eso?—preguntó alarmado el general.

—Que se ha sublevado el Jerez espumoso y hace fuego.

—Desmónte V. E.,—dijo un oficial,—que han herido ese cuerpo, y se está desangrando.

—Bueno; pues moriré bebiéndome el caballo.

—¡Huya V. E.!—dijo un ayudante que venia á escape;—todo el ejército se ha pronunciado y llueven botellazos.

—¿Hay camino franco?

